


LA TABERNERA DE FLANDES

LUIS MIGUEL GUERRA

LA TABERNERA
DE FLANDES



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: febrero de 2024

© Luis Miguel Guerra, 2024
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6425-5

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B 1140-2024

Impreso en España

*A los chicos y chicas con los que he compartido
durante treinta años la magia de enseñar y aprender.*

«España mi natura,
Italia mi ventura,
Flandes mi sepultura».

Anónimo de mediados del siglo XVI

«Sólo en la fortuna adversa
se hallan las grandes lecciones de heroísmo».
Séneca

1

Alonso y Nicolás

Algún lugar cerca de Mons (Flandes), mayo de 1643

Arrellanado en la silla, tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Frente a él, un campesino y su mujer permanecían de pie; y otro hombre, un poco más allá, se apoyaba despreocupadamente en el quicio de la puerta. La situación resultaba cada vez más tensa y el silencio se hacía insoporable. Había que romperlo de alguna manera.

El campesino quiso decir algo, pero la mano dejó de repicar sobre la madera y adoptó un gesto para indicar que no lo hiciera.

–Muy bien –dijo, poniéndose en pie–. Te creo.

La expresión de la mujer se relajó.

–Me has convencido, Jan. Este año, tus tierras no han dado lo suficiente y no me puedes entregar todo lo que pactamos. Poca lluvia... o quizá demasiada. Las gentes del campo nunca estáis conformes con nada. Agua, sequía, helada, bichos... Si hay poco llega el hambre, y si hay mucho bajan los precios... Me cuesta recordar a un campesino que me dijera alguna vez que había tenido un buen año.

Jan hizo un nuevo intento de hablar, pero otra vez se lo impidió poniéndole la mano en el hombro.

–No te justifiques más –le dijo paternalmente–. Aunque he de advertirte de algo: a menor cantidad, menor protección. Y ya sabes que en estos tiempos eso puede resultar peligroso; las partidas de bandidos son cada vez más numerosas y violentas. Has tenido suerte de tratar con nosotros, y de que yo te aprecie. Otros en mi lugar te abandonarían, e incluso podría ser peor: podríamos ser franceses, sedientos de sangre y botín... Eso no sucederá, aunque no te puedo garantizar mucho. Yo también he de pagar hombres y pertrechos, y lo que nos has dado llega donde llega. Pero no te preocupes –continuó, cambiando el tono–. Puede que no ocurra nada, y cuando volvamos, sin duda, nos darás lo que ahora nos dejas a deber y lo de la próxima visita. Y tienes suerte otra vez. –Sonrió antes de bajar la voz–. La usura no me gusta.

–Será así, no lo dudéis. Y os doy las gracias –se apresuró a decir el campesino mientras su esposa besaba la mano del hombre.

–Vamos, vamos... No soy de esos que necesitan loas y adulaciones. Y tampoco un obispo para que me andéis besando el anillo.

Cogió el sombrero de la mesa y la bolsa que Jan había puesto a su lado en pago de la protección que decían proporcionarle. Se la colgó del cinturón, y mientras se ponía los guantes hizo una indicación al que esperaba para que preparase las monturas.

Subido al caballo se dirigió de nuevo al lugareño.

–Nos vamos. Saluda de mi parte a tus hijas, que supongo andarán por ahí.

–Han ido al río –dijo el otro, nervioso.

–Sí, claro –respondió el hombre mientras azuzaba al animal.

Galoparon sin cruzar palabra hasta un bosquecillo cercano en el que cinco jinetes los esperaban.

–Que me tomen por tonto me molesta. Pero que lo haga un campesino mugriento me molesta mucho más. Id a enseñarle lo que pasa cuando tratan de ocultarme algo. Pero que no se os vaya la mano, porque ha de seguir trabajando para nosotros. Si cortáis, que sea algo que no le impida cavar la tierra... Ha dicho que sus hijas están en el río... Puede ser verdad o puede que las tenga ocultas. Si no las encontráis, la madre está ahí para quien necesite alivio... Y traed el dinero. Ese cerdo roñoso lo tiene escondido, estoy seguro. No se os ocurra volver diciendo que no lo habéis encontrado porque no me lo creeré. Nos reuniremos en el puente.

El grupo salió al galope.

–A veces me pregunto por qué os fiais de ellos.

–Sé que alguna vez han metido en sus bolsas más de lo que debían. Y tomándome por un jefe fácil de engañar no me abandonarán. Además, hoy no me apetece ensuciar-me las manos. Hay trabajos que debe hacer uno mismo y trabajos que conviene dejar a otros. La verdad es que empiezo a estar harto de esta violencia constante. –Guardó silencio unos momentos–. Ni siquiera creo que Jan haya mentido, pero no importa. Así no se le ocurrirá hacerlo si algún día tiene la tentación. Una oreja menos le servirá de aviso.

–Pero, capitán...

–Nicolás, te he dicho mil veces que aquí no me llames así.

–Estamos solos.

–Más a mi favor. Si lo evitas aquí, seguro que no se te escapará delante de los labradores. Nada ha de relacionarnos con el tercio.

Nicolás estuvo a punto de llamarlo de nuevo por su graduación, pero se frenó a tiempo.

–¿Señor Alonso os parece bien? –dijo con sorna.

–¿Ves? No es tan difícil. Con señor bastará.

Ambos rieron. Los años juntos y la amistad forjada estaban por encima de rangos.

–Pues bien, señor –Nicolás recalcó la palabra–, yo diría que tampoco se vive tan mal. En cuanto a la violencia constante...

–Lo cierto es que no peleamos todos los días..., a veces incluso pasamos meses enteros sin hacerlo. Pero esto de ir de aquí para allá, con el acero siempre ceñido, sin lugar en que arraigar..., esto no es vida de cristianos.

Cabalgaron en silencio hasta que el capitán volvió a hablar.

–¿Recuerdas a Francisco, aquel chaval de Burgos que cantaba como los pájaros? Nos vendría bien ahora para alegrarnos el camino.

–Le rebanaron la garganta en Arrás –respondió tranquilamente Nicolás.

Su jefe no se inmutó.

–¿Tanto hace ya? El tiempo pasa demasiado rápido... ¿Estás seguro de que fue en Arrás?

–Seguro. Una encamisada.

–Sí, ahora recuerdo... No teníamos que haber dejado que se ofreciera voluntario. Demasiado joven. Pero andábamos faltos de gente..., y más nos faltó al volver de aquella escaramuza. ¿Cuántos fueron? ¿Cinco? ¿Seis?

–Ocho.

–Tienes buena memoria. Pobre Francisco, tan joven...

–Igual de joven que nosotros cuando llegamos. La diferencia es que no caímos en los primeros combates. Aquí se llega a veterano sobreviviendo en la pelea.

El capitán asintió mientras su amigo seguía hablando.

–La guerra no sabe de edades ni da segundas oportunidades, o matas o te matan. Y tengo para mí que cuanto

más tiempo llevas en esto más dura se vuelve tu coraza; la sangre y las tripas te dejan de impresionar.

–Me sorprendes, Nicolás. Va a resultar que todos estos años he vivido al lado de uno de esos filósofos y ni me había dado cuenta. ¿O es que tienes ínfulas de poeta?

–No os burléis de mí. Soy un soldado, nada más que eso...

Alonso sonrió.

–Vamos, Nicolás, no seas tan humilde. Uno llega a alférez porque es más que un simple soldado. Además, sabes que si quiero que alguien me guarde la espalda en el combate, ése eres tú.

–Digo lo mismo.

El puente donde se encontrarían con el resto de los hombres apareció en el horizonte.

–Perdimos buenos soldados y buenos amigos en Arrás –dijo Alonso.

–Muchos. Fue duro. Pero los franceses también tuvieron lo suyo, y tengo por seguro que no se han olvidado del...

La mirada del capitán le hizo cortar en seco.

–¿Eso tampoco? ¿Ni aquí solos...? Bien, lo siento. No volverá a ocurrir.

Alcanzaron el puente y bajaron de sus monturas. Sentándose bajo un enorme roble, Alonso se apoyó contra el tronco, dejó la espada y el sombrero a un lado y se dispuso a dormir un poco. Nicolás también se reclinó contra el árbol.

–Nos hemos vuelto como éste –dijo.

–Viejos y duros –respondió el alférez.

–No. Feos y ásperos.

Nicolás soltó una carcajada.

–¿Cuántos años tienes, Nicolás?

–Empecé a contar cuando entré en los tercios. Dije

que tenía dieciocho y de eso hace ya trece, así que digo que treinta y uno. Pero igual son más, o menos...

–Yo tengo treinta y dos.

–La diferencia es que vos habéis llegado a ser un honorable capitán de compañía.

Alonso se quedó pensando en aquello de «honorable»... Los años de lucha le habían hecho olvidar qué era la piedad y tomar el camino del dinero fácil organizando un grupo de fragutes, soldados que vivían y marchaban con el tercio y que llenaban sus bolsas delinquiendo al amparo de la milicia. Aliviaban la habitual falta de paga con el robo y la extorsión, y permanecían en las compañías esperando juntar lo suficiente para poder desertar, aun conociendo el castigo reservado a los desertores.

–¿Honorable? –se preguntó en voz alta–. Robo, amenazas y todas las atrocidades imaginables... ¿Honorable?

–Vamos, capitán Portolés... Y no me regañéis por nombraros, que aquí no hay nadie... Sois un oficial intachable que ha pasado diez años de servicio aceptando las misiones más penosas y difíciles. Antes de conoceros ya había oído hablar de Alonso de Portolés como ejemplo de buen y leal soldado, tan valiente que muchos lo tenían por un héroe.

–En realidad estás describiendo a la mitad del tercio, tú incluido.

–Os he de recordar algo, por si lo habéis olvidado. Cuando os pidieron, y no fueron pocos, dar el paso para solicitar el grado de capitán, las recomendaciones para unir a vuestras credenciales fueron tan numerosas que el tubo de hojalata que debíais presentar al Consejo de Guerra apenas podía sellarse. Os recuerdo también que yo estaba allí, doblando papeles para hacerlos entrar en el tubo.

–Lo recuerdo –dijo Alonso riendo–. Cuando lo entre-

gué, la cera saltó en añicos.

–Fuisteis el primero de aquel grupo de candidatos en recibir la patente del rey para ascender y formar su compañía...

–Y allí mismo te nombré mi alférez.

–Una faena tener que cargar con el estandarte...

–No te quejes, que llevas contigo a ese armario soriaño al que llamaste Sota de bastos.

–Sancho. Buen muchacho. Incluso puede uno ponerse detrás de él si la cosa arrecia.

–Aquéllos fueron buenos tiempos –continuó Nicolás–. Buscamos sargento, cabos y tambores... Después reunimos voluntarios y la compañía del capitán Portolés se completó...

–Y todo eso para acabar amenazando campesinos.

Nicolás se incorporó y miró a su capitán.

–No sé qué os pasa hoy, pero os diré algo, aunque no os sirva de consuelo. No somos los primeros ni los últimos, ya lo sabéis. Esto da beneficios a muchos, y por eso nadie nos denunciará. Conozco a un gallego que dice que no cree en las brujas, pero que haberlas, las hay. Pues lo mismo con los fragutes: mucho se habla de los castigos que sufrirán si los encuentran, porque todos saben que existen; pero nunca aparece ninguno.

–Nicolás, ¿tú crees que a estas alturas necesito que alguien justifique lo que hacemos?

–Os lo diré claramente, ya que parece que queréis sinceridad. Está mal. Si no hubiésemos tomado este camino, la conciencia no nos machacaría a veces; que eso ocurre, creo yo, porque somos hombres del tercio. Os repito: está mal. No es honorable, pero los fragutes son un mal necesario. Los campesinos les tienen pánico, y ese pánico también ha impedido posibles levantamientos en pueblos y ciu-

dades adonde no llega el dominio de la Corona. El miedo guarda la viña, capitán, y el terror impuesto por las bandas sirve para controlar el territorio. Y eso es bueno, aunque la Justicia ande al acecho...

–Con penas duras. Incluso la muerte.

–Si te cogen; pero ése no es el plan.

–Siempre es agradable conversar contigo, Nicolás...

¿Seguro que lo de Francisco fue en Arrás? Creo que lo confundes con...

–Seguro.

–Arrás, la maldita Arrás... –dijo Alonso en voz baja, recordando lo sucedido tres años antes, recién estrenado su cargo de capitán.

«La casualidad», pensó mirando al suelo. Les había tocado estar en el peor sitio en el peor momento, pero nadie podía suponer que una simple misión para llevar despachos y pertrechos a la ciudad acabaría de aquella manera. Quizá si no hubiese estado al mando de la guarnición de Arrás su amigo irlandés Owen Roe O’Neill... Aparentemente se trataba de una misión tranquila; incluso placentera, ya que le permitiría disfrutar de la ciudad y del reencuentro con un compañero de armas con el que había compartido buenos ratos. Un descanso merecido tras la campaña del año anterior. Sin embargo, el destino es caprichoso, y un par de jornadas antes de llegar toparon con una avanzadilla de los franceses que iba en la misma dirección. Fue entonces cuando tomó la decisión que había de marcar su vida.

2

El gato de Arrás

Un día de junio de 1640, en algún lugar cerca de Arrás, Alonso dormitaba cuando el galope de un caballo lo despertó. Era uno de los hombres que había enviado de descubierta tras avistar al grupo de soldados franceses.

El jinete frenó a su montura y saltó a tierra.

–¡Capitán! ¡Los franceses! ¡Son miles y avanzan hacia nosotros...!

El oficial movió la cabeza.

–Respira y cálmate; casi me pasas por encima.

Los que estaban cerca se arremolinaron.

–Franceses, capitán, un ejército entero. Seguí a su avanzadilla, pero no tardaron en aparecer las tropas en el horizonte. Vienen directos hacia aquí.

–Van a sitiar Arrás –murmuró Alonso, que tras unos segundos en silencio comenzó a dar órdenes–. No perdamos tiempo. Llevamos carros y somos más lentos, pero creo que conseguiremos llegar a la ciudad antes si nos ponemos en marcha ahora mismo y no damos tregua a los animales.

Los hombres se dispersaron a excepción de Nicolás, que permaneció a su lado.

–Ya sé lo que me vas a decir: que esa ciudad es una ratonera, que es estúpido meterse en ella y que mejor haríamos en tomar otra dirección. Pero O’Neill está allí y no pienso

abandonar a un hombre junto al que he combatido varias veces. Además, nuestra misión es entregar todo esto en la ciudad, y vamos a cumplirla.

El alférez se encogió de hombros.

—Bien, como ya sabéis lo que iba a decir no es necesario que lo haga. Vos mandáis, capitán. Pongámonos en marcha.

Parecía claro que los franceses se dirigían a la ciudad. Alonso no sabía cuál era la situación en Arrás, pero los pertrechos y el avituallamiento que llevaban serían necesarios para resistir el más que probable asedio. Y para eso tenían que llegar antes que el enemigo. Calculó la distancia a la que podían estar aquellas tropas y la que los separaba de las murallas de la villa. Era arriesgado, pero se podía lograr si no se encontraban con alguna avanzadilla que los obligara a entablar combate.

Los hombres estaban dispuestos y ordenó avanzar todo lo rápido que se pudiese mientras mandaba un jinete a uña de caballo para avisar de su llegada y dar la voz de alarma. No detenerse y que los franceses no avanzaran a marchas forzadas eran las dos condiciones para alcanzar Arrás antes que ellos. Y así, sin aminorar la marcha ni darse un respiro, finalmente divisaron las torres del ayuntamiento y la catedral en el horizonte. Del enemigo no había ni rastro, y eso llevó a alguno a pensar que la alarma del capitán había sido infundada: quizá no era tan descabellado pensar que las tropas se habían desviado hacia algún otro lugar.

Los vigías anunciaron la llegada de la comitiva, que fue saludada con júbilo por los soldados. Advertido por el mensajero de Alonso, el maestre de campo O'Neill había situado a sus hombres en lo alto de las murallas. Sin perder tiempo, el capitán y los suyos atravesaron una de las puertas y entraron en la gran plaza de la villa, donde el irlandés se fundió en un abrazo con su amigo.

–Mal momento para visitarnos. Tu noticia era cierta. Los soldados que envié me han informado de que todo el ejército francés viene hacia nosotros.

–Nunca es mal momento para ver a un amigo, y menos si podemos servirle de ayuda.

–Alonso –respondió seriamente el maestre de campo–. Te digo que vienen miles de hombres. Los franceses son muy superiores en número. También he enviado aviso de nuestra situación, pero no sé cuánto tardará en llegar el socorro. Así que te agradezco todo lo que nos habéis traído, pero aún estáis a tiempo de dar la vuelta y regresar esquivando a esos perros. No tenéis ninguna obligación de permanecer aquí. Has cumplido tus órdenes; ahora termina la misión volviendo con tus hombres.

Alonso miró a su amigo.

–Un momento –dijo, finalmente, mientras hacía un gesto a Nicolás para que se acercara–. Reúne a los nuestros. He de decirles algo.

Al poco todos estaban escuchando a su capitán.

–Ya sabéis que hemos marchado sin descanso porque los franceses se acercan y, tal como habíamos pensado, están a punto de sitiar la ciudad. El maestre de campo O'Neill dice que hemos completado nuestra misión y podemos irnos. Y, aunque no era necesario, me ha dicho también que si así obramos no será deshonor para nadie, puesto que estaríamos cumpliendo las órdenes escrupulosamente. Pero ninguno de nosotros esperaba encontrar esta situación y, por tanto, me veo en la obligación de deciros algo. Ésta es mi propuesta –hizo una pausa dramática y recorrió el grupo con la vista–: todo el que quiera irse que lo haga ahora. Nadie dirá que ha deshonrado a la compañía ni al tercio, nadie juzgará su acción, y con mi propia espada me ocuparé de que nadie ose recriminarle nada, pues habrá cumpli-

do con las órdenes, y ésa es la principal obligación de un soldado.

Dio un paso y se colocó al lado del irlandés.

–Yo me quedo aquí. Tomad vosotros vuestra decisión.

Los hombres se miraron.

–¿Cuándo hemos dado la espalda al enemigo, capitán? –gritó uno.

–¡Maldita sea, somos del Tercio de Villalba! –dijo otro.

–¡La compañía de Alonso de Portolés!

–¿Rehuir el combate un tercio viejo español? No les vamos a dar ese gusto a los franceses.

–Nos pagan mal...

–¡Y tarde!

–¡Y tarde...! ¡Pero nos pagan para hacer esto!

Todos rieron.

–Bien, capitán –intervino Nicolás–, el maestre de campo tendrá que buscarnos alojamiento porque parece que vamos a quedarnos aquí un tiempo.

–Están locos. Tanto como tú –dijo el irlandés a Alonso–. Pero me alegro de contar con hombres como vosotros.

–Una treintena no es mucho, pero no te defraudarán.

Tenían poco tiempo hasta que los franceses llegasen, y la guarnición lo empleó en reforzar las defensas y preparar el sitio. Algunos vecinos de la ciudad huían mientras no pocos campesinos de los alrededores llegaban con sus familias buscando el abrigo de las murallas.

Por fin, se dio la alarma desde la torre del ayuntamiento. El grueso de las tropas estaba allí. O'Neill ordenó cerrar las puertas y los franceses desplegaron a su soldadesca frente a la ciudad en exhibición de poderío.

–Qué bien desfilan y qué elegantes son esos jefes que tienen –dijo Nicolás.

Alonso sonrió.

–Más plumas que un pavo real y más lazos que un corsé.

Antes de comenzar los trabajos de sitio y zapa, el mariscal La Meilleraye, jefe del poderoso ejército, envió un educado requerimiento de rendición a la ciudad al que O'Neill respondió no menos educadamente.

–Informad a su excelencia el duque de que sus noticias han llegado en el momento justo, pues estaba dictando las condiciones para su rendición. Pero, por lo que me habéis expresado, parece que no nos vamos a poner de acuerdo. Así que os ruego informéis al mariscal de que cuando quiera puede acudir frente a los muros de Arrás, donde le dispensaremos un recibimiento conforme a su rango y condición. Como doy por supuesto que su excelencia es hombre de mundo, conocerá bien esta respuesta. Es la misma que llevamos dando dos siglos.

A su lado, Alonso sonreía.

El mensajero hizo una reverencia y se fue.

–No te falta gallardía, O'Neill.

–El verde de Irlanda.

–¿Y eso?

–No sé, pero me gusta decirlo.

–Bien, amigo mío, tardarán algunos días en montar las baterías de sitio y comenzar a cavar túneles. Sentémosnos y disfrutemos esta paz mientras dure... ¿Aún tienes ese brebaje de tu tierra que sabe a madera?

–Ese licor es vida –dijo el irlandés yendo a por dos jarras–. Ya me queda poco, pero espero volver un día a mi isla y beber cuanto pueda después de echar al mar a todos los malditos ingleses.

–Brindaré por ello.

–Diecisiete años tenía cuando tuvimos que huir de allí –dijo el maestro con aire pensativo–. Ahora paso de los cincuenta, después de servir al rey de España más de treinta y

cinco... Cuando me dijeron que me hiciera cargo de la guarnición de Arrás, pensé en un tranquilo retiro antes de embarcarme y volver a mi tierra. Y ya ves: ahora tenemos delante a todo un ejército. Un último servicio a la Corona.

Alonso levantó su jarra.

—Por tu regreso a Irlanda, amigo. Y que se preparen los perros ingleses. No quisiera estar en su pellejo.

—Primero los franceses. Vamos a hacer que ese Richelieu se arrepienta de haber llegado hasta aquí.

—Y eso de los dos siglos, ¿de dónde lo has sacado?

—Es cierto. Amigo mío, deberías informarte mejor sobre aquello de lo que formas parte. Así podrías dar respuestas igual de..., ¿cómo has dicho...?, gallardas.

Alonso volvió a levantar la jarra.

—Lo haré. Nunca está de más una buena frase.

La ciudad sitiada sería defendida en una más que notable inferioridad numérica. Una guarnición de mil quinientos hombres españoles, valones e irlandeses se enfrentaba a más de veinticinco mil infantes y cuatro mariscales de Francia, dirigidos todos ellos por La Meilleraye, que podían acudir con sus ejércitos en caso necesario. Eran Châtillon, Chaulnes, La Guiche y Praslin. Una concentración inusual que daba idea de la importancia que el rey Luis XIII y, sobre todo, su primer ministro, el cardenal, daban a la ciudad.

El mensaje de O'Neill había dejado claro a los sitiadores que su despliegue de fuerzas no lo había impresionado; y, si alguno de aquéllos tenía la esperanza de que la población actuara desde dentro, la fue perdiendo a medida que los días pasaban: nadie hizo nada contra la guarnición que defendía Arrás. El mismo Richelieu, que esperaba un rotundo y rápido triunfo, montó en cólera y mandó un mensaje a los lugareños amenazándolos con mil y una des-

gracias, además de un futuro en los infiernos por traidores y vendidos a los españoles.

En los primeros intentos de tomar la ciudad quedó probado el heroísmo de los sitiados, que se iba a mantener durante todo el asedio. Y el más altivo y arrogante de ellos era Alonso, que gracias a sus conocimientos de la lengua francesa propuso e hizo escribir en los muros de la ciudad estas palabras: «Quand les souris mangeront les chats, les français prendront Arrás» («Cuando los ratones devoren a los gatos, los franceses tomarán Arrás»). Le llamarían el Gato de Arrás por tal ocurrencia, pero también por la astucia y ligereza felinas que demostraba en las salidas para diezmar al enemigo.

Alonso de Portolés fue el encargado de seleccionar un grupo de hombres que obstaculizara los trabajos de zapa que los franceses trataban de hacer en las defensas de la ciudad: túneles cavados para minar los cimientos de las viejas paredes que protegían la villa. Los treinta de su compañía se ofrecieron voluntarios, siendo bautizados como la Gatería, y el grupo lo completaban algunos más elegidos por su arrojo y destreza. Salían de la ciudad y se dedicaban a deshacer lo hecho por el enemigo y matar a todos los que pudieran. Vestidos con camisa y calzón, y armados únicamente con cuchillos para ir más ligeros, actuaban en el silencio de la noche y utilizando desagües y pequeñas aberturas ocultas que traspasaban la muralla. Las líneas de los asediados estaban muy cerca, y desde ellas cavaban los franceses galerías que pretendían llenar con pólvora para abrir brecha en la fortificación castigada por la artillería. Si no lo lograban, era sólo porque los hombres de Portolés se introducían en los túneles a combatir cuerpo a cuerpo en la oscuridad, acuchillando y degollando para después inutilizar la galería. Una tarea casi más agotadora que la lucha.

Mientras unos permanecían en la entrada, eliminando a todo el que se acercaba, otros pocos se metían en el hueco en busca de los zapadores franceses. Cada salida era un pequeño triunfo, pero también un goteo de muertes que debilitaba día tras día a los defensores.

Una tarde, O'Neill llamó a Portolés.

–Alonso –dijo el maestro de campo–, sé que no debería pedírtelo con los sacrificios que estáis haciendo, pero tenéis que salir una vez más. Parece que uno de los túneles está a punto de llegar aquí. Un centinela ha escuchado ruidos en la muralla; zapadores, sin duda. Si no han metido ya la pólvora estarán a punto de hacerlo. Es suicida, pero han llegado noticias de que el cardenal-infante acude a socorrernos, y si conseguimos aguantar un poco más quizá se vean obligados a levantar el sitio. Soy consciente de lo que te pido: si ese túnel está a punto, sin duda tendrá protección, lo que significa que os estoy enviando a una ratonera. Pero tú sabes mejor que yo que nuestra situación es desesperada y que sólo vosotros podéis hacerlo.

–Tú eres el maestro de campo. La orden es clara. Dínos dónde han escuchado a los zapadores y nos ocuparemos de ellos. Si es una ratonera, qué mejor que enviar allí a unos cuantos gatos.

–Siempre te digo que la situación es desesperada y después de hablar contigo me parece que los sitiados son los franceses.

–Me dijiste que me enterase de lo que había sucedido en los últimos doscientos años. Ahí lo tienes.

Tras reunir a los pocos hombres que aún podían intentar una encamisada, les habló con claridad.

–O'Neill me ha informado de que los franceses han llegado a la muralla y prenderán las mechas en cualquier momento. Hemos de impedirlo. El túnel estará muy pro-

tegido, pero si no actuamos los ratones se comerán definitivamente a los gatos y eso no puede suceder. Sé que no me defraudaréis; sé que volveremos todos y que mañana beberemos vino para celebrar que seguimos vivos. Quince jarras estarán prestas.

–Y nosotros las vaciaremos –respondió uno de sus hombres, riendo.

–¡Voto a bríos que así será! –gritó otro.

Cayó la noche. Y una vez más, con las caras tiznadas, salieron de Arrás. Deslizándose en completo silencio y sin perder de vista las señales que Alonso les hacía con la mano, se dirigieron al punto de la muralla donde habían sido escuchados los ruidos. Tenían que actuar rápido, ya que en cualquier momento podían prender las mechas. Sin embargo, que no hubiese tropas preparadas para el asalto parecía indicar que éste no era inminente.

Alonso dejó de reptar y ordenó que se pegaran a la tierra. Se giró levemente e hizo una seña a Nicolás para que se acercara.

–Es una trampa –le susurró–. Y estamos metiéndonos en ella.

Se tomó un respiro antes de continuar.

–El túnel está hecho y nos han atraído aquí, pero su intención es cazarnos. Así que hay que evitar que nos cojan; pero también hay que destruirlo porque han llegado a la pared. Nos están esperando agazapados, tenemos que acabar con ellos uno por uno y luego meternos ahí dentro e inutilizar la galería.

Nicolás asintió.

Alonso se puso boca arriba y levantó la cabeza para que sus hombres lo vieran. Apoyó la mano derecha sobre el pecho abriendo los cinco dedos e hizo un gesto en abanico sobre ellos con la izquierda: era la señal para desple-

garse de aquella manera. Después, hizo unos cuernos para indicar que había franceses cerca y se pasó la mano por el cuello a manera de cuchillo. El silencio era vital: un solo grito, una sola señal de pelea y caerían sobre ellos. Después se volvió de nuevo a Nicolás.

–Desplegaos, encontradlos y matad. Yo esperaré aquí. Si no escucho nada en un rato, me entregaré.

Nicolás quiso decir algo, pero su capitán le tapó la boca.

–En la entrada del túnel. Ya sabes lo que hay que hacer.

El alférez asintió y dio con la mano la orden para ejecutar la acción.

Lo que quedaba de la Gatería se desplegó silenciosamente mientras Alonso permanecía quieto. Era una apuesta arriesgada, pero también la única posible, o así lo creía en ese momento. Esperó unos instantes y comenzó a reptar hacia la boca del túnel. No tardó en estar lo bastante cerca para ver a los centinelas y a unos soldados que introducían barriles de pólvora: habían optado por ocuparse de la trampa primero y volar la pared a la mañana siguiente. Si la Gatería atacaba esa noche, los soldados escondidos en el bosque darían cuenta de ella; y, si no, la muralla saltaría en pedazos propiciando el asalto. Contó cuatro de guardia y cinco barriles que otros tantos hombres estaban metiendo bajo tierra. Se le hizo eterna la espera de algún grito o algún ruido de lucha que alertara a la guardia. No ocurrió nada, y había que tomar una decisión. Se puso en pie y levantando las manos se acercó a los guardias, que, sorprendidos por la aparición, le apuntaron con sus armas.

–*Messieurs les soldats, je me rends. Je suis espagnol.*

Uno de los centinelas le indicó que no bajara las manos y se acercara. Alonso lo hizo con lentitud. Le quitaron sus dagas y uno lo golpeó con la culata en el vientre, ha-

ciéndolo caer a tierra. Los que trabajaban en el túnel se habían acercado al ver la escena. Era cuestión de poco tiempo que dieran la voz de alarma, así que el margen era muy estrecho y, además, el dolorido Alonso pudo ver cómo se acercaban más hombres. Todo parecía perdido.

–*Un espagnol* –dijo uno de los centinelas a los que llegaban.

–Y otro delante de ti –respondió Nicolás dándole una puñalada.

Al amparo de las sombras se habían aproximado hasta aquellos centinelas que creían que se trataba de los suyos.

Gracias a un rápido movimiento envolvente, los franceses fueron cayendo uno tras otro bajo las dagas. También los del túnel, excepto uno que logró escabullirse y echó a correr hacia el interior.

–¡Voto a bríos! –gritó Nicolás–. ¡Ese hijo de puta va a prender la mecha!

Alonso emprendió la carrera tras él mientras su alférez le arrojaba un puñal que cogió al vuelo.

En la negrura del estrecho túnel, el capitán percibió el brillo anaranjado de una mecha y se lanzó instintivamente en aquella dirección. Consiguió agarrar la pierna del zapador, arrastrarlo hacia sí y hundirle la daga en la nuca. Después lo volteó rápidamente para cortarle los dedos y arrebatarle la mecha, que apagó contra la pared. La galería quedó en silencio y Alonso, tras recuperar el aliento, volvió al exterior. Los españoles contuvieron la respiración con la esperanza de que no llegaran refuerzos; y, en efecto, nada parecía moverse en el campamento. Podían estar tranquilos.

–Ya creía que iba a terminar en una mazmorra francesa, o con las tripas esparcidas por aquí –dijo Alonso en voz baja.

–Como dijisteis, hemos tenido que acabar con los que acechaban uno por uno. Eran muchos; está claro que nos esperaban.

Alonso miró a sus hombres, exhaustos y manchados de sangre. No necesitó contar para saber que no faltaba nadie: si uno solo hubiera perdido su combate particular, todos ellos estarían muertos o prisioneros.

–Vámonos –dijo Nicolás.

–Espera, hoy vamos a dar una sorpresa a esos cabrones.

–Alonso, no tentéis a la suerte.

Pero el capitán no hizo caso.

–Si no quemamos esa pólvora, la utilizarán mañana. Sacadla de ahí. La haremos rodar hasta el campamento.

Hicieron una cadena humana y colocaron en fila cuatro de los barriles haciéndolos rodar. Luego prendieron el reguero de polvo negro. Al verlo, los franceses comenzaron a gritar y huir en todas direcciones, y pronto la explosión iluminó la noche por unos instantes. Alonso dio entonces la orden de retirada y sus hombres corrieron perseguidos por la caballería enemiga, pero antes habían prendido el último barril, que con su estallido cegó la boca de la galería. El maestro de campo O’Neill contemplaba la escena desde la muralla.

–¡Arcabuceros y piqueteros! ¡A mi orden!

El irlandés bajó las escaleras seguido de algunos hombres y se dirigió a la puerta.

–¡Abrid!

Una vez fuera se apresuró a situar la línea. Los españoles corrían hacia ellos con los franceses pisándoles los talones, pero el erizo de largas picas hincadas en tierra y los arcabuces que asomaban entre ellas estaban dispuestos. Sin aflojar su carrera, Alonso y sus agotados hombres se abrieron en abanico al llegar a la altura de los defensores;

y los primeros jinetes, galopando en la oscuridad, no vieron que lanzaban sus monturas contra puntiagudas astas que atravesaron los cuerpos de las bestias y mandaron a los hombres al suelo.

–¡Fuego! –bramó O’Neill.

Una segunda línea de franceses cayó.

–¡A degüello y retroceded!

Acuchillando llegaron hasta la puerta, y, apuradamente, los centinelas consiguieron cerrar tras la entrada del último mientras la artillería francesa descargaba su rabia contra las paredes de Arrás.

Alonso y sus hombres quedaron tendidos en el suelo y el maestre de campo se acercó hasta ellos.

–Buena fiesta les has organizado hoy... Y por el ruido parece que no se lo han tomado demasiado bien –dijo el irlandés casi riendo.

–No sé qué habría pasado si no intervienes en la puerta. Hoy he jugado demasiado con mi suerte y la de mis hombres.

–Pero te ha salido bien.

–Te lo diré cuando sepa cuántos no han vuelto.

Y allí esperó hasta que se le unieron los últimos de la Gatería. Faltaban dos.

–Lope y Diego –dijo Nicolás–. Habrán caído en la retirada.

–Mañana serviremos quince jarras –sentenció Alonso.

En otras salidas habían limpiado túneles y, en ocasiones, destruido morteros, las piezas que por su alcance se situaban más adelante. Y siempre, matar, matar y matar. Por decenas se contaban las bajas que sus incursiones habían causado al enemigo francés. Por muchas trampas que habían tratado de tenderles, siempre volvían, aunque su número iba menguando poco a poco. Los recuentos al regre-